

SALVADOR Y AURORA : HEREDEROS Y HUÉRFANOS DE HIJOS

SALVADOR PÉREZ

Un viernes por la noche la espada de la muerte entró como un terrible foco de luz por mi casa y estalló mi cuerpo en mil pedazos, rompecabezas humano que estoy recomponiendo con estadios de recuerdos y con esa ola de cariño, que la gente de aquí y de allá, me lleva por mares de agradecimiento y eternos océanos solidarios...

Su madre y yo les esperábamos, mesa puesta para cenar, pues regresaban del trabajo, en el Sur, para estar juntos el fin de semana. De viernes a lunes los cuatro volvíamos a ser la familia unida, entrañable, distinta, jamás distante: opiniones diversas, pequeñas discusiones con muchas luces y diálogos sobre educación, cultura, política, música, cine, naturaleza, familia de ayer y hoy, viejas costumbres, tradiciones, anécdotas: la rueda de la vida siempre girando en dos educadores vocacionales junto a dos seres jóvenes y llenos de vida intensa e ilusionada.

"No han llegado". "Son las nueve". "Tranquila: se irían a comprar; se encontrarían con alguien; algún problema en el coche; un pinchazo". Se hacen las diez y media de una noche llena de incertidumbre. Llamamos a los malditos-benditos móviles: no contestan, no están. Acostumbran a llamar. Son ordenados. Quiero dar fuerzas a Aurora. Llama un amigo de la infancia varias veces: "es qué íbamos a ir *de marcha* esta noche, ¿qué pasa?". "¿Llamamos a la policía?": mujer, ¿tú estás loca?. Telefono a un vecino cercano. Viene Gabriel (mi hermano: no de sangre, sino de afectos) "Esto no me gusta". Y al rato dos policías urbanos de La Laguna, atentos y exquisitos con la noticia, llegan a las once de la noche. No saben como decirlo. Lo dicen al amigo: ¡Beatriz está muerta; Carlos se encuentra gravísimo! La serpiente de la muerte reptaba por debajo de la puerta. Nos volvemos locos: el drama, la tragedia (griega, shakesperiana) se hace presente. Muere la carne de mi carne, la sangre de mi sangre, la vida feliz se convierte en un libro abierto de páginas tristes, de prólogos por escribir, en terribles líneas por hacer. Comienza mi andadura en un enorme vacío, un océano sin agua, en un mundo sin horizontes, huecos en las paredes de mi alma rota. Hueca, vacía. Sin nada. La nada. Nada.

Y recuerdo las dos frases puestas días antes en la primera página del Periódico Escolar "*El Punto y Seguido*" de mi viejo Instituto, el Canarias Cabrera Pinto y donde Carlos puso su preciso punto y aparte en su búsqueda. "*Todo tiempo futuro tiene que ser mejor*", de José Martí. ¡Qué ironías de eso que llaman destino!. Pienso que ya no hay mejor ni peor futuro: es que no hay futuro. Mis dos hijos ya no están conmigo en esta tierra de la Tierra: físicamente, pues siguen vivos en eso que llaman recuerdo y como escribía Carlos hace poco: "*Lo bueno nunca se acaba: queda el recuerdo*"

Y comienzo ahora a verlos a ellos, con vistas al Teide, gris y blanco, y océano azul cercano de tantos años en nuestra casa- escuela del barrio icodense de La Mancha. Fueron registrados en el Ayuntamiento de La Guancha (mi patria chica, aunque no creo en las patrias, sino en el universo mundo, en el universo de todos los hombres de todos los soles y todos los amaneceres) pero vivieron su infancia y parte de la juventud en el colegio de sus padres y posteriormente en Icod. Allí, entre casas blancas y gentes cariñosas y atentas, fueron los hijos iguales de dos maestros que dieron todo lo que pudieron por educar a un barrio tinerfeño.

Carlos Salvador estudió en el Instituto de Icod y posteriormente hizo el COU en el "Viera y Clavijo" de La Laguna. Fue un niño que, sin forzarlo, leía a los cinco años y el periódico estaba en sus manos a los seis años. Un enorme lector, infatigable, que contra mi opinión se empapó "*Cien años de soledad*" del admirado Gabriel García Márquez a los 12 años. Hizo la carrera que quiso (yo tenía la secreta ilusión de que fuera periodista, pero su libertad era más importante que mi anhelo infantil) y eligió Filología Hispánica entre libros y autores, entre anotaciones y escrituras, entre amigos comunes que hablaban de temas comunes donde el pan sagrado de la cultura se amasaba a golpe de ilusión colectiva, sin dogmatismos ni reverencias. Terminó muy bien su carrera (sacaba matrículas de honor y sobresalientes en las asignaturas "literarias" y renqueaba en alguna lingüística). Con muchos seminarios y cursos, más de veinte, hizo el doctorado con la ilusión confirmada de hacer la tesis con un periodista y escritor admirable, eterna columna *bendita-maldita* de El País de cada día, como es Eduardo Haro Tecglen, uno de aquellos timoneles del barco de la democracia en la nave de su revista

"Triunfo". Cuando se celebró en La Laguna, en enero de 1998, un homenaje a dicha revista, Haro Tecglen se sintió emocionado de que un padre y un hijo- juntos- hablaran el mismo lenguaje y conocieran la transición política española, con ese antes y ese después de la Dictadura. Ahora había comenzado a trabajar como dinamizador cultural de la Biblioteca Municipal de Guía de Isora y allí entre libros- su mundo; en cualquier lugar leía, hasta regando con una manguera- dejó el recuerdo de su buen hacer y de su diáfana imaginación. Tenía la certeza, no vana ilusión, que en el futuro sería escritor y para ello se preparaba aprovechando la vida en todas sus inmensas variantes. Viendo, como en una promisoría atalaya, todas las idas y venidas del ayer con el hoy. Y escribiendo frases, relatos, ensayos, esbozos de novelas... todo un trajín diario entre su libertad y sus asuntos. Y allí, en su lápida, se lee: *"Ni un elogio más. Ahora me toca a mí"*.

Beatriz vino a estudiar Bachillerato al instituto lagunero Domingo Pérez Minik en su primera promoción, siempre recordada por profesores y alumnos. Fue una etapa inolvidable, amigas inmarcables, formación a tope, teatro, una intensa vida académica. Era de Ciencias, muy buena en Matemáticas, pero tampoco se le daban mal las Letras. Tenía obsesión por la Psicología y amó profundamente su carrera. Más amigas inmarcables y nada más terminar, el salto a Madrid: vio un anuncio en El País y de inmediato se presentó y ganó una beca para trabajar en el Departamento de Formación de IBM. Tenía un gran currículum profesional con Máster en Dirección de Recursos Humanos y otro de Iniciación a la Empresa. Era más aventurera que Carlos y se fue a Gran Bretaña dos veranos y a un campo de trabajo a Alemania: por ello manejaba muy bien inglés y alemán. Profundamente activa: Madrid fue para ella una explosión de cultura y una eclosión de saber con museos, teatros, conciertos, amistades... la vida girando. Estuvo cerca de dos años y surgió la oferta, buscada en Internet, del Hotel Jardín Tropical. Entrevistas y contrato. Estaba muy feliz. Derramaba satisfacción por su trabajo y no paraba de contar a sus padres (ellos tan habladores: la oíamos en rito silencioso) lo último conseguido. Tenía esperando en Madrid un contrato con REPSOL que le surgió el mismo día que empezaba en el hotel sureño. Su futuro era de color de rosa pero el negro del asfalto puso luto en los corazones. Allí, en su cartera, como Carlos, eterna recopiladora de frases, estaban las palabras de F. Dostoievski: *"El secreto de la existencia humana no consiste sólo en vivir, sino en saber para que se vive"*.

Y yo, en la noche de un viernes maldito para un sábado maldito de un maldito junio: miré a todos los cielos, todas las lunas, todos los horizontes y sólo encontré agujeros negros de tristeza infinita, largos pozos siderales de preguntas sin respuesta, profundos hoyos de porqués y porqués y mi madre, con la altura de sus enteros 90 años y desde su acendrado cristianismo, pedía a Dios que "por lo menos le dejara un *gajito*". Que por lo menos nos dejara a Carlos. Pero no pudo ser. Esperábamos el entierro de Beatriz pero Carlos todavía estaba caliente en la fraterna solidaridad del Hospital de la Candelaria. Cuidando sus últimas horas, Mayte, su prima del Equipo de Enfermería y días de diferencia de edad. Y allí, sus padres, con los últimos besos, con las últimas palabras, hablando de libros, viajes, autores. Bebiendo lágrimas y soltando emociones, juntos como siempre los cuatro en el supremo viaje: en ese *después del después* que debe ser la eternidad. Y llegando la hora de las donaciones: su cuerpo en 17 partes estaba vivo en otros seres humanos con hígado, riñones, pulmones (doble trasplante simultáneo, en Córdoba), córneas, corazón y articulaciones. Y la alegría que tendría Beatriz, con su hermano, pues también en su cartera llevaba una hojita con la publicidad para donar órganos. Además, fueron, de siempre, amplios donadores de sangre. El destino y sus certezas. Y nada de heroicidades y grandes frases con estos temas de *los otros*: se hablaba en casa de abolir absurdos tabúes y ser solidarios. Con hechos.

Ahora lo que quiero transmitir a la sociedad actual es que "el problema es tan grande que no tengo problemas". Qué todo lo cambia un segundo. Qué no pueden existir locos afanes, egoísmos, soberbias, búsqueda del dinero, del bienestar de ahora mismo... porque en un segundo todo se viene abajo. Decir, como mi hijo Carlos, en la frase de portada del Periódico del Instituto con las palabras del poeta inglés John Donne : *"Nadie es una isla, cada hombre es un pedazo del continente, una parte de la tierra; si el mar se lleva una porción de tierra, todo el mundo queda disminuido...La muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad; y por consiguiente nunca hagas preguntas por quién doblan las campanas : doblan por ti"*. Por eso mi grito de rebeldía ante los pintores de pesimismo, los negros agoreros de mal futuro: la sociedad es solidaria; el que siembra: recoge; el trabajo honesto y bien hecho da sus frutos.

Por ello, nosotros padres huérfanos de hijos, herederos de hijos: nosotros primero ¡qué ironías del terrible destino! vamos a seguir . Como decía él: *"Lo bueno nunca se acaba. Queda en el recuerdo"*. Por eso- con ellos, siempre con ellos- viajaremos por España y Portugal como cuando niños los cuatro (Bea, dirá: no me acuerdo ya papá) y volveremos a Avila y frente a sus murallas estaremos con la familia amiga, también en el Madrid que amaron, el Londres que caminaron, la Roma que admiraron, la Florencia o la Venecia que les subyugó, el París que íbamos a recorrer juntos, el Manhattan de Woody Allen y nos sentaremos, en el sillón a ver sus películas (silencio, Bea, ni una palabra: nos sentenciabas) y oíremos y hablaremos de Iñaki Gabilondo, nos intercambiaremos artículos y frases sacadas por la nueva luz de Internet, nos reiremos con Frasier, Seinfeld o con "La azotea de Calero", iremos al cine juntos y discutiremos las películas, caminaremos por la vega lagunera o por los caminos guancheros (y yo, *cotorra congénito* sólo escucharé a los dos), no perderemos una frase del editorial del Gran Wyoming en "Caiga quién caiga", iremos rápido a ver "El Guiñol" o Los Simpson, contemplaremos arrobados "El grito" del pintor noruego Munch y oíremos a Sinatra, Serrat, a Sabina, a Pedro Guerra, a los grupos indies ingleses, a tantos y tantos músicos clásicos y de hoy, veremos a Berlanga, Fellini, Visconti y por allí estará, la sonrisa picara, de un también ido, Jack Lemmon.... Y juntos leeremos todo lo que tenga calidad y no fallaremos ni una línea del luminoso Vázquez Montalbán o releeremos a Sartre. Y daremos un ¡aúpa, Aletí!, afición que te venía de las raíces canarias de sus jugadores y por ser un perdedor: tú querías estar en el bando de los perdedores . Porque ahora lo único tangible, real, matemático, seguro, como el sol por la mañana, la caída de la noche, la primavera en los rosales, los tajinastes en flor, las retamas de mayo, es que estarán eternamente con nosotros. Vivos y calientes, sanos y alegres, reflexivos y libres, opinadores de muchas opiniones, receptores de todas las estrellas.

Y ahora, cuando la vida ha dado, para Aurora y para mí, un giro de todos los grados, cuando ya navegamos por todas las galaxias en busca de los inmensos, apasionantes, gigantescos recuerdos de nuestros queridos hijos, vaya esa palabra tan oída, tan machacada, tan solidaria y que sólo tiene siete letras: *gracias*.

Y ahora déjenos navegar por cielos azules y verdes praderas, por paisajes conocidos y territorios desconocidos. Allí estarán con nosotros, mano con mano, hombro con hombro, Carlos Salvador y Beatriz. Vean: caminan con nosotros; están con nosotros. Eternamente. Apasionadamente. Y con Mario Benedetti ¿te acuerdas, Bea? les digo: *"Compañero del olvido / no te olvido / tus tormentos asoman en mis sienas blancuzcas / el mundo cambia pero no mi mano ni aunque dios nos olvide / olvidaremos"*.